

atención para verla y tratarla con la dedicación y esmero que exigía su delicada y excepcional naturaleza.

No se creía que ella fuera motivo de tan graves discusiones como lo estaba siendo en el Senado Español, y por parte de los más conspicuos diplomáticos extranjeros, cuando según la amable y caritativa calificación con que se nos obsequiaba en el Viejo Continente, apenas podía considerárenos como una reunión de imbéciles, como un puñado de seres desgraciados á quienes bastaría una amenaza ó el más simple amago para intimidarlos y hacer de ellos lo que se quisiera.

Empero, los acontecimientos que estaban teniendo verificativo á consecuencia de la invasión extranjera, habían sacado de su error á nuestros soberbios y gratuitos enemigos; y la cuestión en que caprichosa y arteramente se hallaba envuelta la Francia, debía traerle, de pronto, no provecho y gloria, sino desprestigio y odio, y en último término, el ridículo y el más horrible fracaso.

Independencia y dignidad de la República; continuación de la guerra extranjera hasta poner á salvo la honra nacional; mantenimiento de la Constitución de 57 y de las Leyes de Reforma; consolidación del orden legal; perfección del sistema representativo para el completo desarrollo de la libertad; creación de un buen régimen administrativo para el mejoramiento y bienestar del pueblo; hé aquí los puntos principales que como programa político, como aspiración suprema traía escritos en su bandera el partido progresista que regía los destinos de la nación.

Y en medio de la borrasca que amenazaba á la República, y entre el estruendo del combate que se hacía sentir por varias partes del territorio, era motivo de admiración la actividad, el acierto y la energía desplegados por el Gobierno para afrontar la situación, y mucho más si se tiene en cuenta que se carecía de los pingües rendimientos de la Aduana de Veracruz; situación terrible que hombres de poca fe calificaban de desesperada, y por lo tanto, de insostenible; pero que encabezada y dirigida por un Juárez infundía aliento y esperanza en el pueblo, que veía en el Gobierno Supremo la emanación del patriotismo y como consecuencia precisa, la decisión de contrastarla y hacer terrible la defensa que de sus más sagrados derechos estaba haciendo la Nación.

Las guerras extranjeras y las de invasión suelen traer, á cambio de los grandes males que causan, ocasiones favorables para la implantación de grandes mejoras en el orden social y en el político, y para sacudir el espíritu de rutina: la Francia podía presentar ejemplos elocuentes de esta verdad, patentizando con ello lo que pueden adelantar la política, la administración y la ciencia social en medio de las guerras; la España, al repeler la invasión napoleónica, supo defender su independencia y consumir su evolución progresista planteando los gérmenes de sus libertades; y en México, estando ya resueltas todas las cuestiones políticas y triunfantes los buenos principios en la opinión, el trabajo, por lo mismo, no era difícil, por tratarse sólo del desarrollo de las instituciones y de la reforma y de las mejoras administrativas.

El partido conservador, antagonista del liberal, desde la época de la Independencia, quedó vencido en la batalla de Calpulálpam; pero antes ya lo había sido por sus crímenes y atrocidades: los asesinatos de Tacubaya y las discordias entre Zuloaga y Miramón hicieron que perdiera toda consideración ó título á llamarse partido político, quedando convertido en una monstruosa agrupación de ridículos juglares ó de politicastros criminales.

El partido liberal, triunfante y empeñado en defender á toda costa la independencia y las instituciones republicanas, tendía la mano á sus enemigos implacables, mostrándose clemente y generoso, olvidando grandes errores y sólo apareciendo inexorable en contra de la traición: ese partido ponía de manifiesto su patriotismo y su valer, arbitrando recursos, despertando el espíritu nacional é improvisando ejércitos que contaban ya triunfos como los del *5 de Mayo*, *Tampico* y *Acapulco*, y probando con esa su admirable y plausible conducta que el partido que le era contrario, que hipócritamente se decía del *orden* y la *justicia* y representante de la *parte sana* de la sociedad; que llamando al invasor había cubiértose de oprobio y de vergüenza, puesto que renegaba de la Independencia, implorando la Intervención y conquista extranjera; ese partido, en fin, nulo y sin representación ni prestigio, quedaba reducido á los asesinos de Tacubaya, á los ladrones de la Calle de Capuchinas y á las gavillas de salteadores y plagiarios capitaneadas por Lozada, Bueyes Pintos, Colimilla, Jiménez Mendizábal, Vicario, Montaña, Butrón, Pata de Palo y otros co-

rifeos de esta talla, y á la grotesca farsa del Gobierno de Almonte, derrocado por el mismo Forey.

Según decía un periódico francés, toda la prensa liberal é independiente en Francia condenaba la expedición contra México. En los Estados Unidos, la prensa americana sin excepción y los periódicos franceses, menos el *Courrier des Etats Unis* y el *Echo du Pacifique*, se declaraban en contra de esta guerra tan injusta como impolítica.

Otro diario parisiense, *La Revue de l'Ouest*, ocupándose de la cuestión mexicana hacía el siguiente juicio, severo, pero cierto: "La pérfida Albión y la rencorosa España han vuelto sobre sus pasos, mientras que la generosa Francia continúa sin vacilar en la senda de la iniquidad. La historia dirá que en las Tullerías, envidiando á Miramón que llegó cargado de dinero robado, el Emperador Bonaparte reclama igual botín de los magistrados mexicanos. La historia dirá que para restablecer en el mando á Miramón, un ladrón; á Almonte, un traidor, y á Miranda, un fanático, la Francia reconoció á Juárez, pidiéndole licencia para que el Cuerpo Expedicionario acampara en un país salubre, y prometió que en caso de hostilidades sus soldados retrocederían más allá de sus desfiladeros, que son la llave del país. Esta licencia fué concedida. La generosidad mexicana fué más lejos todavía: los zuavos y los demás militares franceses fueron recibidos cordialmente y hasta invitados á las fiestas de familia. Los representantes del Emperador sólo trataron de ganar tiempo, y entablaron las negociaciones de Orizaba para pedir refuerzos.

"Y luego, el hombre del Golpe de Estado arroja la pluma con que había de firmar el Tratado de Paz; deja caer su sable sobre el tapete de la mesa de las conferencias, y ordena á sus zuavos, no que vuelvan á sus desfiladeros como el honor lo exigía, sino que marchen bizarramente á México para restablecer el orden, la familia y sobre todo..... la religión Católica."

Acerca de este asunto, *La Discusión*, diario de Madrid, se expresaba así:

"La cuestión de México tiene el poder de encerrar en sí todas las cuestiones: nuestra política en América, nuestra política en Europa y hasta la política interior de España; problema que contiene en sí, virtualmente, todos los problemas juntos....."

Ahora bien, ¿qué conviene á la raza española en América? No un Gobierno reaccionario ajeno á las ideas del siglo, animado por los elementos teocráticos, sustentado en las bayonetas, que ahonde la diferencia de razas, que resucite la esclavitud como instrumento de trabajo; no un Gobierno de esta naturaleza, muerto en América, moribundo en Europa, sino un Gobierno libre, popular, republicano, bastante fuerte para contener al sacerdote en el templo, para servirse del ejército y no servirle, para abrir de par en par las puertas de América á todos los pueblos cultos, y con su concurso trabajar de consuno en la obra inmortal de la civilización.....

Y después de disertar largamente acerca de este tema, se preguntaba lleno de asombro: "¿Y á qué ha ido Europa á América? Ha ido á contener este progreso; ha ido á levantar una monarquía en el sitio destinado á la República; ha ido á viciar un gran movimiento social. ¿Y cuáles son las consecuencias de esta conducta? Tremendamente tristes para los mismos que la han sugerido. La Unión Liberal en España, efecto de este problema en México, terrible y gravísimo, se encuentra desordenada, rota, en vísperas de su muerte. El Imperio francés ha visto sus tropas diezmadas, su tesoro consumido, su gloria eclipsada, rotas sus armas en Puebla, nublada su estrella, y hoy mismo, mal seguro de su poder, no acierta á dar un paso por miedo á que una derrota ruidosa quebrante su cetro, que sólo, sólo puede sostenerse, cuando está dorado por el sol de la victoria. La grande injusticia ha encontrado grandes y tremendos castigos. La Intervención en México como la Intervención en España en 1823; como la Intervención en Portugal en 1847; como la Intervención en Roma en 1849, como todas las intervenciones, ha sido funesta para los mismos que la han consumado. Así nos demuestra la historia contemporánea que los principios democráticos son justos, y como justos, útiles á los gobiernos y á los pueblos."

El mismo periódico, hablando de la discusión en el Congreso de los Diputados de la cuestión de México, y refiriéndose al discurso del representante Ríos Rosas, decía: "maltrató al Sr. Juárez: el día que España, devorada por las discordias intestinas, acechada por extranjeros ambiciosos, acosada por hipócritas sediciosos que hacen á sus países cómplices de sus rapiñas; el día que á tal desdicha llegase España y encontrase un Juárez, bien podría exclamar con gozo que había entrado en el primer período de regeneración."

Y más adelante decía:

"Cualesquiera que sean los agravios que en México hayamos recibido, es lo cierto que hoy á México se le pide mucho más que la reparación de agravios; se le pide, no la bolsa ó la vida, sino la honra y la vida á un tiempo. Juárez defiende á su patria. ¡Gloria á su nombre!....."

"¿Qué hace hoy Bonaparte en México? Convencer á Europa de que ni Juárez es un bandido, ni México una nación que produzca dinastías. En aquel suelo donde tantos recuerdos gloriosos guarda España, reúnen los mexicanos materiales preciosos para otro glorioso monumento, para un ancho cementerio de soldados bonapartistas."

En esos términos elevados y dignos se expresaba la Prensa, esa Prensa que así en Europa como en América era la representante genuina de la opinión pública y el apóstol de la verdad, de la justicia y de la buena fe; por lo tanto, para frustrar las ambiciones y arterias tenebrosas de Napoleón, era preciso que México no dejara las armas de la mano, que acumulara sus medios de defensa y que con heroico esfuerzo humillara y venciera á los invasores.

Por todas partes se proclamaba la justicia de México y se condenaba la iniquidad del Emperador: la cuestión era de tiempo, y por de pronto, á los mexicanos debería serles muy grato el mirar que sus esfuerzos y sus triunfos eran celebrados y aplaudidos por los países cultos y por todas las almas generosas.¹

¹ El Sr. de la Fuente, con su carácter de Ministro Plenipotenciario de la República, en París, dirigió en Julio de 1861 una interesante nota al Gobierno de Napoleón, poniéndole de manifiesto lo injustificado de la agresión francesa y lo inicuo de los bonos Jecker, negocio leonino que México había rechazado como una vil especulación, realizada por banqueros, que guiados por su codicia trataron con los usurpadores del poder público para enriquecerse de manera ignominiosa y prolongar la guerra civil en la República.

La nota del Sr. Fuente, digna y levantada, hace honor á su talento, patriotismo é ilustración, y sus argumentos incontrastables eran un excelente alegato para sostener la buena causa que estaba defendiendo con tanto valor como entusiasmo, en los sangrientos campos de batalla, el heroico pueblo mexicano.

El mismo funcionario continuó sosteniendo con dignidad y brío, no menos que con actividad inusitada, la causa de México cerca del Gobierno francés.

Al principio se negaba éste á recibirlo oficialmente, dando por motivo la existencia de Almonte, acreditado cerca de la Corte de las Tullerías como representante del Gobierno reaccionario; mas habiendo renunciado éste un cargo que de ninguna manera podía corresponderle, atento el estado de la cosa pública, el Sr. de la Fuente fué recibido solennemente

En el Senado de los Estados Unidos, el Sr. Dougal presentó sin ambages la cuestión en toda su importancia para el Continente Americano, proponiendo que se intimara al Monarca francés la evacuación de México por sus tropas, y que si no cedía, la Unión hiciera causa común con los mexicanos para realizar esa empresa, que era la expresión del sentimiento americano que levantaba como bandera la Doctrina Monroe, que la Francia pretendía borrar, aprovechando insidiosamente los infortunios que estaba sufriendo la patria de Washington.

Muy importantes, repetimos, estaban siendo en el extranjero los debates acerca de la cuestión de México, llamando de pronto la atención los del Senado Español y los de la Cámara de Diputados de la referida nación: en el primero, la palabra elocuente, saturada de patriotismo, vertida por el General Prim para hacer comprender que era un error funesto traer la guerra á América, y un delirio irrealizable la propaganda monárquica, origen capital de todas las desconfianzas y resentimientos, que daban por resultado que la política de España fuera vista con desconfianza y hasta con animadversión por parte de pueblos que deberían ser sus mejores amigos; esas nobles y sinceras palabras que envolvían toda una profecía desastrosa para la Francia, y eran, puede decirse, el proceso de la Intervención, ejercieron una saludable influencia así en el ánimo público como en la conciencia de los representantes de la nación aludida, algunos de los cuales aconsejaban, como un débil sentimiento de dignidad nacional

como Enviado de México; y en tal virtud, siendo de gravedad é importancia suma los negocios que tenía que tratar, pidió una entrevista á Mr. Thouvenel, Ministro Secretario de Estado, el 31 de Agosto: aplazada ésta para el 3 de Septiembre sólo duró unos instantes, y en ella y ante las explicaciones que empezaba á darle el Ministro mexicano sobre la Ley de Suspensión de Pagos, de 17 de Julio, éste fué interrumpido por aquél, quien dijo: que en lo personal no tenía motivo de disgusto contra el Enviado mexicano, pero que no podía oír esas explicaciones: "No recibiremos ningunas, añadió, entregándose á la mayor exaltación; hemos aprobado enteramente la conducta de Mr. de Saligny; hemos dado nuestras órdenes, de acuerdo con Inglaterra, para que una escuadra compuesta de buques de ambas naciones exija del Gobierno Mexicano la debida satisfacción, y vuestro Gobierno sabrá por nuestro Ministro y por nuestro Almirante, cuáles son las demandas de la Francia."

No encontrando ni digno ni conveniente continuar la conferencia, la cortó el Sr. Fuente, retirándose en seguida; y en nota de 4 de Septiembre siguiente, dirigida al Ministro mencionado, declaró quedar suspensas las relaciones del Gobierno Mexicano con el francés, "hasta que aquél le prescribiera una conducta diferente."

y poca fe, la inauguración de una política subalternada á la francesa, para lo cual tergiversaban indignamente los hechos y hasta los textos de los documentos que examinaban.

El Conde de Reus, cual un atleta formidable, se defendió brillantemente de los ataques que de manera embozada se le habían dirigido; encontró apoyo en la Cámara aristocrática y el mismo Gobierno lo secundó en esa empresa, aprobando los actos de dicho General que resultaban en abierta pugna con los de Saligny y La Gravière.

Entre los adversarios más terribles que encontró la causa de México debe considerarse al General O'Donnell, Presidente del Consejo de Ministros del Gobierno español.

Este individuo, en el debate del proyecto de contestación al discurso de la Corona, pronunció un discurso en el Senado durante la sesión del 29 de Diciembre de 1862; y en esa pieza que no era otra cosa que un burdo tejido de absurdas apreciaciones y calumnias contra el Presidente de la República D. Benito Juárez, hubo dos circunstancias que lo hicieron notable y acerca de las cuales vamos á hacer las aclaraciones conducentes, pues en ello se interesaba la honra del país y los fueros sacrosantos de la verdad y la justicia.

Dijo O'Donnell:

“No estoy, pues, enteramente conforme con la apreciación que mi amigo el señor Conde de Reus ha hecho del Gobierno de Juárez. Yo creo, y permítame Su Señoría la expresión, que es una especie de sarcasmo llamar liberal á ningún partido de los que en México se disputan el poder. Allí no hay más que anarquía; allí no hay más que dictadura con una tiranía horrible; allí no hay más que proscripción para los vencidos; allí no escriben más que los vencedores: eso no es partido liberal; eso no lo puedo yo considerar como tal; eso, en Europa, no merece semejante nombre.

“Pero hay más. Juárez, como mexicano, tiene para mí una mancha que jamás podrá borrar. Juárez ha formado un Tratado, por el cual vende á los Estados Unidos 2 Provincias á título de prenda, por 2 años, en garantía de un empréstito. Eso no se ha llevado á cabo porque el Senado de Washington ha desechado el convenio. Esa es una mancha que no sé cómo mirarán los mexicanos; si yo fuera mexicano, no se lo perdonaría jamás.”

Para emitir juicios tan erróneos, se necesita poco ó ningún conocimiento de la historia.

México, lo mismo que muchos pueblos, ha tenido proteos políticos, sin otra misión que la de satisfacer sus intereses personales; pero juzgar á sus hombres públicos con el mismo criterio que á un Santa-Anna, un Almonte y un Zuloaga, es un error patente y una soberana injusticia.

México se honra con la existencia de patricios eminentes, de ciudadanos dignos que escuchando la voz del honor jamás han apostado de sus principios, sacrificándose, antes bien, en el cumplimiento de sus deberes. Desde la revolución de Ayutla, tal aserto es una verdad innegable, pues á las mezquinas cuestiones personales que habían sido hasta entonces un odioso semillero de escándalos y revueltas, siguieron las cuestiones capitales de la Reforma, que deslindaron perfectamente los campos, quedando de un lado los partidarios del progreso, y del otro los defensores del fanatismo y de las más rancias preocupaciones.

El partido liberal no representa las ideas raquíticas que gratuitamente se le atribuían, de la proscripción del vencido y de la anarquía constituida en Gobierno. Representa, muy al contrario, la generosidad y la benevolencia para con los vencidos, la supremacía del poder civil, la independencia de la Iglesia y el Estado, la abolición de los fueros, la supresión de las clases privilegiadas, la proclamación de las garantías individuales.

¿Podría por ventura la España, tan vieja y tan *versada* en el oficio, practicar tan honrosos principios?

Por lo tanto, la aseveración del Presidente del Consejo de Ministros era una solemne calumnia lanzada en contra de un funcionario que, por su conducta ejemplar, era el centro de unión de los mexicanos que peleaban por la independencia, y la encarnación mas honrosa y laudable de la dignidad, entereza y patriotismo, por lo cual este pundonoroso ciudadano se apresuró á desmentir tal aserto, dirigiendo la siguiente carta que apareció en el *Diario Oficial* del Supremo Gobierno:

“Palacio Nacional.—México, Febrero 22 de 1863.—Señor Redactor de el *Diario Oficial*.—Muy señor mío y de mi aprecio.—Acabo de leer en el *Monitor Republicano* de hoy, el discurso que el señor O'Donnell, Presidente del Consejo de Ministros del Gobierno español, pronunció en la discusión del proyecto de contestación al dis-